

En unión con Benedicto XVI
VIGILIA POR LA VIDA NACIENTE



**VIGILIA DE ORACIÓN
POR LA VIDA NACIENTE**

27 de noviembre de 2010

Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española

Depósito Legal: M-47822-2010

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - Antonio González Porras, 35-37 - 28019 MADRID

Primer esquema

EUCARISTÍA Y VIGILIA

1. *Entrada procesional con el Evangelionario, que se colocará sobre el altar. Se canta Rorate Coeli o una versión popular. También uno de los cantos indicados por la CEE para este tiempo.*

2. *Después del saludo inicial de la misa se puede introducir la celebración con la siguiente monición:*

Hermanos: iniciamos un año más el Adviento. Durante cuatro semanas vamos a dar más intensidad a nuestra preparación para la venida del Señor. Cada domingo encenderemos una de las velas de la corona de Adviento para manifestar cómo avanzamos en nuestra actitud de vigilante espera. Sus pequeñas luces nos traen a la memoria que Jesucristo es la Luz, la Paz y la Vida del mundo. El color verde de sus ramas significa la Vida y la esperanza. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y sobre la muerte cuando Cristo venga definitivamente para llevar a plenitud el reino que inició con su nacimiento y se manifestó en todos nosotros la vida verdadera que nos ofreció entonces.

En esta celebración expresamos nuestra comunión eclesial con la Vigilia por la vida naciente que el Papa preside en Roma coincidiendo con las Primeras Vísperas del Adviento.

3. *Bendición de la Corona (según el Ritual de Bendiciones, nn. 1242 pág. 556).*

Tras la bendición, una familia –padres e hijos– de la comunidad se acerca a la corona y enciende la primera vela. Mientras tanto, un monitor, desde un lugar distinto al ambón de la Palabra, puede recitar la siguiente oración:

Al encender esta vela te pedimos, Señor Jesús, que nos mantengamos despiertos, con las lámparas encendidas, para que cuando llegues en la majestad de tu gloria podamos salir a tu encuentro. Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!

Se puede responder con un canto apropiado o con las aclamaciones:

Jesús, Señor, Luz de todos los pueblos, *Kyrie eleison.*

Jesús, Señor, Paz en los corazones, *Christe eleison.*

Jesús, Señor, Vida del mundo, *Kyrie eleison.*

Omitido el acto penitencial y el «Gloria» continúa la misa con la oración colecta.

4. *Oración colecta de la misa y sigue como se indica en el Misal.*

5. *Homilía.*

6. *Prefacio de Adviento n. III.*

7. *Se ha de consagrar la hostia para la exposición con el sacramento para proseguir la celebración en adoración.*

8. *Al finalizar la oración después de la comunión y omitida la bendición, se expone el Santísimo Sacramento tal como describe el «Rituale Romanum» en el «De sacra Communione et de Cultu mysterii Eucharistici extra Missam», nn. 93-100 y el «Caeremoniale Episcoporum», nn. 1102ss. El sacramento se expone y se adora sobre el mismo altar.*

9. *El sacerdote, de rodillas ante el altar, inciensa el Santísimo Sacramento mientras se canta un canto apropiado (puede hacer referencia al tiempo de Adviento). Recuérdese que la exposición de la santísima Eucaristía, sea en el copón, sea en la custodia, lleva a los fieles a reconocer en ella la maravillosa presencia de Cristo y les invita a la unión de corazón con Él, que culmina en la comunión sacramental. Así promueve adecuadamente el culto en espíritu y en verdad que le es debido. Hay que procurar que en tales exposiciones el culto del Santísimo Sacramento manifieste, aun en los signos externos, su relación con la misa. En el ornato y en el modo de la exposición evítese cuidadosamente lo que pueda oscurecer el deseo de Cristo, que instituyó la Eucaristía ante todo para que fuera nuestro alimento, nuestro consuelo y nuestro remedio. Está prohibida la celebración de la misa durante el tiempo en que está expuesto el Santísimo Sacramento en la misma nave de la iglesia u oratorio (cf. Ritual nn. 82ss). El tiempo de la exposición del Santísimo Sacramento deben ordenarse de tal manera que, antes de la bendición con el Santísimo Sacramento, se dedique un tiempo conveniente a la lectura de la Palabra de Dios, a los cánticos, a las preces y a la oración en silencio prolongada durante algún tiempo ya que se excluye la exposición tenida únicamente para dar la bendición (cf. Ritual nn. 89).*

10. *Antes de la salmodia se puede introducir la oración con estas o parecidas palabras:*

Hermanos:

El tiempo de Adviento nos prepara para celebrar el misterio de la encarnación del Señor en el vientre de María, con el cual se inició nuestra salvación; pero, al mismo tiempo, suscita en nosotros la esperanza de la segunda venida del Señor, con la cual la historia de nuestra salvación llegará a su plenitud. Pero como en la hora de la muerte el Señor vendrá

para cada uno de nosotros, es necesario que nos encuentre vigilantes según la palabra del Evangelio: «Dichosos aquellos siervos si el Señor, al llegar, los encuentra en vela» (Lc 12, 37). Que esta celebración agradeciendo el don de la vida, y para invocar su protección sobre cada ser humano llamado a la existencia, nos prepare mejor para ser testigos del Evangelio de la vida.

11. *Un lector puede iniciar la adoración leyendo la «Oración por la vida» de la Encíclica «Evangelium vitae»:*

Oh María, a ti confiamos la causa de la vida;
mira, Madre, el número inmenso
de niños a quienes se les impide nacer,
de pobres a quienes se les hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza
y amor a los hombres de nuestro tiempo
el Evangelio de la vida.

12. *Se pueden cantar o rezar los salmos correspondientes a las primeras Vísperas del primer domingo de Adviento.*

El salmo primero (140) puede cantarlo o recitarlo un solista después de la antífona propia y todos responden con la doxología «Gloria al Padre».

No se repite la antífona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.

El sacerdote que preside dice:

Oh Dios, creador de los cielos:
Suba nuestra oración hacia ti como el incienso.
Te pedimos el perdón de las ofensas
para que, esperando firmemente la venida de nuestro Redentor,
nuestros ojos estén siempre vueltos a ti
y perseverantes en el agradecimiento del don de la existencia.
Por Jesucristo nuestro Señor.
R/. Amén.

Tras un silencio oportuno el segundo salmo (141) se puede rezar a dos coros y todos concluyen con la doxología «Gloria al Padre».

No se repite la antífona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.

El sacerdote que preside dice:

Señor, Hijo de Dios,
creador y Salvador del género humano,
tú eres nuestro refugio;
ven pronto desde la Virgen Madre,
atiende nuestros clamores,
para que sintamos que tú nos has librado del pecado,
haciéndote en todo semejante a nosotros,
excepto en la culpa.
Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Tras un silencio oportuno el cántico neotestamentario puede cantarlo o recitarlo toda la comunidad al unísono después de la antífona propia. Se finaliza con la doxología «Gloria al Padre».

No se repite la antífona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.

El sacerdote que preside dice:

Señor Jesucristo, Dios todopoderoso y eterno,
que has reconciliado al mundo
por medio de tu encarnación en el seno de la Virgen,
humillado hasta hacerte hombre,
en todo igual a nosotros menos en el pecado,
concédenos
que las tinieblas del pecado desaparezcan de nuestro corazón
y que todos los hombres,
llamados a la vida temporal y eterna,
por la fuerza del Espíritu,
puedan confesarte como Señor para gloria del Padre.
Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

13. *Todos siguen en un silencio que se rompe con la antífona y el canto del Magnificat. Mientras tanto, unos jóvenes pueden hacer la ofrenda del incienso echando unos granos en el pebetero preparado en el suelo ante el altar donde se adora el Santísimo Sacramento.*

14. *Ante el altar, si se cree conveniente, se pueden hacer algunas aclamaciones o súplicas por la vida:*

Señor Jesús, creemos y proclamamos que tú, el Hijo de Dios, que por nosotros entregaste tu vida en la cruz, estás realmente en este Santísimo

Sacramento. Escucha las súplicas que te dirigimos para que el Evangelio de la vida sea acogido, celebrado y anunciado por todos los hombres.

Respondemos a las súplicas diciendo:

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Que la Iglesia sepa anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía te adoramos como Señor y Rey de reyes. Ilumina a nuestros gobernantes para que defiendan la vida desde su concepción hasta su muerte natural.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía nos enseñas a caminar en la luz del amor. Ilumina a las mujeres que han concebido un hijo para que recorran el camino de la vida y encuentren las ayudas necesarias.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, derrama tu misericordia sobre las personas que promueven o participan en el aborto, la eutanasia o cualquier atentado a la dignidad de la persona.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía nos amas hasta el extremo. Te presentamos a todas las personas que no encuentran una razón para vivir. Que descubran la esperanza en tu amor.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía te manifiestas como la Verdad encarnada. Guía a los científicos y profesionales de la medicina para que apoyen siempre la vida y rechacen toda práctica contraria a la dignidad del ser humano.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía te manifiestas como el Esposo de la Iglesia. Concede a los matrimonios el don de tu gracia y a las familias ser el santuario de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía nos sales al encuentro revestido de pobreza y humildad. Bendice a las personas que sufren necesidades materiales.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía eres el Pan que da la vida eterna. Líbranos del pecado que lleva a la muerte, concédenos la vida de tu gracia y a nuestros difuntos el gozo eterno.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía eres Luz del mundo y Vida de los hombres. Concédenos caminar como hijos de la luz y ser testigos del Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

15. *La vigilia concluye con la bendición. El sacerdote va ante el altar y se arrodilla. Entre tanto se entona la estrofa «Tantum ergo» u otro canto eucarístico. Tras la incensación –tres movimientos dobles– se levanta y dice «oremos». Todos oran en silencio durante algunos momentos. El sacerdote, con las manos extendidas, dice una de las oraciones del ritual (p.e):*

Dios, Padre omnipotente,
concédenos sacar el efecto
de nuestra perpetua salvación
de esta fuente divina que es Jesucristo,
nacido por nosotros de la Virgen María,
glorificado en la cruz de su Pasión,
a quien creemos y proclamamos realmente presente
en este sacramento.

Por Cristo nuestro Señor.

R/. Amén.

16. *El sacerdote recibe el humeral y se vuelve hacia el pueblo trazando sobre él la señal de la cruz.*

17. *Reservado el Santísimo Sacramento se puede entonar un canto mariano.*

Segundo esquema

**OFICIO DE VÍSPERAS
«CRISTO: LUZ, PAZ Y VIDA»**

1. *El sacerdote y los ministros entran. Un ministro lleva la vela de la corona de Adviento mientras se canta Rorate Coeli o una versión popular. También uno de los cantos indicados por la CEE para este tiempo como canto de inicio de la celebración. El sacerdote con los ministros va a la sede. El que porta el cirio encendido permanece ante el altar.*

2. *Se puede introducir la celebración con la siguiente monición:*

Hermanos: iniciamos un año más el Adviento y lo hacemos vigilantes: orando por la vida en compañía de María, la Virgen Madre.

Durante cuatro semanas vamos a dar más intensidad a nuestra preparación para la venida del Señor. Cada domingo encenderemos una de las velas de la corona de Adviento para manifestar cómo avanzamos en nuestra actitud de vigilante espera. Sus pequeñas luces nos traen a la memoria que Jesucristo es la Luz, la Paz y la Vida del mundo. El color verde de sus ramas significa la Vida y la esperanza. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y sobre la muerte cuando Cristo venga definitivamente para llevar a plenitud el reino que inició con su nacimiento y se manifieste en todos nosotros la vida verdadera que nos ofreció entonces.

En esta oración vespertina expresamos nuestra comunión eclesial con la Vigilia por la vida naciente que el Papa preside en Roma coincidiendo con las Primeras Vísperas del Adviento.

3. *Bendición de la Corona (cf. Ritual de Bendiciones, nn. 1242 pág. 556). Mientras se asperja la Corona puede sonar música de fondo o entonarse un canto.*

Tras la bendición, una familia –padres e hijos– de la comunidad se acerca a la corona y enciende la primera vela tomando la luz del cirio que se ha presentado ante el altar. Mientras tanto, un monitor, desde un lugar distinto al ambón de la Palabra, puede recitar la siguiente oración:

Te pedimos, Señor Jesús, que nos mantengamos despiertos, con las lámparas encendidas, para que cuando llegues en la majestad de tu gloria podamos salir a tu encuentro. Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!

Se puede responder con un canto apropiado o con las aclamaciones:

Jesús, Señor, Luz de todos los pueblos, *Kyrie eleison*.

Jesús, Señor, Paz en los corazones, *Christe eleison*.

Jesús, Señor, Vida del mundo, *Kyrie eleison*.

4. *En pie se inicia el Oficio de Vísperas. Después de la invocación inicial todos cantan el himno.*

5. *Antes de la salmodia se puede introducir la oración con estas o parecidas palabras:*

Hermanos:

El tiempo de Adviento nos prepara para celebrar el misterio de la encarnación del Señor en el vientre de María, con el cual se inició nuestra salvación; pero, al mismo tiempo, suscita en nosotros la esperanza de la segunda venida del Señor, con la cual la historia de nuestra salvación llegará a su plenitud. Pero como en la hora de la muerte el Señor vendrá para cada uno de nosotros, es necesario que nos encuentre vigilantes según la palabra del Evangelio: «Dichosos aquellos siervos si el Señor, al llegar, los encuentra en vela» (Lc 12, 37). Que esta celebración agradeciendo el don de la vida, y para invocar su protección sobre cada ser humano llamado a la existencia, nos prepare mejor para ser testigos del Evangelio de la vida.

6. *Se pueden cantar o rezar los salmos correspondientes a las primeras Vísperas del primer domingo de Adviento. El salmo primero (140) puede cantarlo o recitarlo un solista después de la antifona propia y al terminar todos responden con la doxología «Gloria al Padre». No se repite la antifona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.*

El sacerdote dice:

Oh Dios, creador de los cielos:

suba nuestra oración hacia ti como el incienso.

Te pedimos el perdón de las ofensas

para que, esperando firmemente la venida de nuestro Redentor,
nuestros ojos estén siempre vueltos a ti

y perseverantes en el agradecimiento del don de la existencia.

Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

Tras un silencio oportuno, el segundo salmo (141) se puede rezar a dos coros y al terminar todos concluyen con la doxología «Gloria al Padre».

No se repite la antífona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.

El sacerdote dice:

Señor, Padre misericordioso,
tú eres nuestro refugio;
atiende nuestros clamores,
envía a tu hijo desde la Virgen Madre
para que sintamos cómo Él nos ha librado del pecado,
haciéndose en todo semejante a nosotros,
excepto en la culpa.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Tras un silencio oportuno el cántico neotestamentario puede cantarlo o recitarlo toda la comunidad al unísono después de la antífona propia. Se finaliza con la doxología «Gloria al Padre».

No se repite la antífona y todos se ponen de pie para la oración sálmica.

El sacerdote dice:

Dios todopoderoso y eterno,
que has reconciliado al mundo
por medio de la encarnación de tu Hijo en el seno de la Virgen,
que se ha humillado hasta hacerse hombre,
en todo igual a nosotros menos en el pecado,
concédenos
que las tinieblas del pecado desaparezcan de nuestro corazón
y que todos los hombres,
llamados a la vida temporal y eterna,
por la fuerza del Espíritu,
puedan reconocer a tu Hijo como el Señor.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

7. Se proclama desde el ambón la lectura breve sin responsorio.

8. Homilía.

9. Se continúa de pie con la antífona y el canto del Magníficat.

10. *Sigue la última parte del Oficio de Vísperas: las preces, el canto de la oración dominical y la oración conclusiva. En las preces, antes de la petición por los difuntos se pueden añadir intenciones libres.*

11. *Todos se ponen de rodillas mientras se traslada el Santísimo Sacramento desde su capilla al altar tal como describe el «Rituale Romanum» en el «De sacra Communione et de Cultu mysterii Eucharistici extra Missam», nn. 93-100 y el «Caeremoniale Episcoporum», nn. 1102ss. El sacramento se expone y se adora sobre el mismo altar.*

12. *El sacerdote, de rodillas ante el altar, incienso el Santísimo Sacramento mientras se entona un canto apropiado (cf. Ritual n. 89).*

13. *Para iniciar la adoración unos jóvenes pueden hacer la ofrenda del incienso echando unos granos en el pebetero preparado en el suelo ante el altar donde se adora el Santísimo Sacramento.*

A continuación se puede recitar despacio la siguiente oración:

En verdad es justo darte gracias, es nuestro deber cantar en tu honor himnos de bendición y de alabanza, Padre todopoderoso, principio y fin de todo lo creado, Dios de la alianza, Señor de la vida.

Tú nos has ocultado el día y la hora en que Cristo, tu Hijo, Señor y Juez de la historia, aparecerá revestido de poder y de gloria, sobre las nubes del cielo. En aquel día terrible y glorioso pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada persona y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su Reino.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

El Señor de la vida entró en nuestra propia vida mortal y, así, al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo; Él nos abrió el camino de la salvación; cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, recibiremos los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

Creemos que los profetas –movidos por el santo Espíritu– lo anunciaron, la Virgen –signo de Dios– esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres. El mismo Señor, que nos ha llamado a la vida, nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

En comunión con toda la Iglesia te alabamos, Señor, te bendecimos y te glorificamos por el misterio de la Virgen Madre. Porque, si del antiguo adversario nos vino la ruina, en el seno virginal de la Hija de Sión ha germinado aquel que nos nutre con el pan de los ángeles, y ha brotado para todo el género humano la salvación y la paz.

La gracia que Eva nos arrebató nos ha sido devuelta en María. En ella, madre de todos los hombres, la maternidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre –con esperanza– al don de una vida nueva. Así, donde había crecido el pecado, se ha desbordado tu misericordia en Cristo, vida nuestra.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

Y, mientras aguardamos la Luz y la Paz de su última venida, agradecemos al Señor Jesús el don total de sí mismo, que ha dado sentido y valor a toda vida humana. Al comienzo de un año litúrgico nuevo invocamos la protección del santo Espíritu sobre cada ser humano llamado a la existencia y unidos a los ángeles y a los santos, te damos, oh santa Trinidad, todo honor y toda gloria, por siempre: por los siglos de los siglos. Amén. Marana thá.

14. *Silencio de adoración.*

15. *Ante el altar, si se cree conveniente, se pueden hacer algunas aclamaciones o unas súplicas por la vida:*

Señor Jesús, creemos y proclamamos que Tú, el Hijo de Dios, que por nosotros entregaste tu vida en la cruz, estás realmente en este Santísimo Sacramento. Escucha las súplicas que te dirigimos para que el Evangelio de la vida sea acogido, celebrado y anunciado por todos los hombres.

Respondemos a las súplicas diciendo:
R/. *Oh Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Que la Iglesia sepa anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía te adoramos como Señor y Rey de reyes. Ilumina a nuestros gobernantes para que defiendan la vida desde su concepción hasta su muerte natural.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía nos enseñas a caminar en la luz del amor. Ilumina a las mujeres que han concebido un hijo para que recorran el camino de la vida y encuentren las ayudas necesarias.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, derrama tu misericordia sobre las personas que promueven o participan en el aborto, la eutanasia o cualquier atentado a la dignidad de la persona.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía nos amas hasta el extremo. Te presentamos a todas las personas que no encuentran una razón para vivir. Que descubran la esperanza en tu amor.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía te manifiestas como la Verdad encarnada. Guía a los científicos y profesionales de la medicina para que apoyen siempre la vida y rechacen toda práctica contraria a la dignidad del ser humano.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía te manifiestas como el Esposo de la Iglesia. Concede a los matrimonios el don de tu gracia y a las familias ser el santuario de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía nos sales al encuentro revestido de pobreza y humildad. Bendice a las personas que sufren necesidades materiales.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía eres el Pan que da la vida eterna. Líbranos del pecado que lleva a la muerte, concédenos la vida de tu gracia y a nuestros difuntos el gozo eterno.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía eres Luz del mundo y Vida de los hombres. Concédenos caminar como hijos de la luz y ser testigos del Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida»* .

16. *Un lector, de rodillas, puede rezar la «Oración por la vida» de la Encíclica «Evangelium vitae»:*

Oh María, a ti confiamos la causa de la vida;
mira, Madre, el número inmenso
de niños a quienes se les impide nacer,
de pobres a quienes se les hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza
y amor a los hombres de nuestro tiempo,
el Evangelio de la vida.

17. *La vigilia concluye con la bendición con el sacramento. El sacerdote va ante el altar y se arrodilla. Entre tanto se entona la estrofa Tantum ergo u otro canto eucarístico. Tras la incensación –dos golpes dobles– se levanta y dice «oremos». Todos oran en silencio durante algunos momentos. El sacerdote con las manos extendidas dice una de las oraciones del ritual (p.e):*

Dios, Padre omnipotente,
concédenos beber para nuestra perpetua salvación
de esta fuente divina que es Jesucristo,
nacido por nosotros de la Virgen María,
glorificado en la cruz de su Pasión,
a quien creemos y proclamamos realmente presente
en este sacramento.
Por Cristo nuestro Señor.
R/. Amén.

18. *El sacerdote recibe el humeral y tomando la custodia se vuelve hacia el pueblo trazando sobre él la señal de la cruz.*

19. *Reservado el Santísimo Sacramento, y concluidos los oportunos avisos, se puede entonar un canto mariano ante la imagen de la Virgen (p.e. Hija de Sión).*

Tercer esquema

**ROSARIO:
«CRISTO: LUZ, PAZ Y VIDA»**

1. *El sacerdote y los ministros entran. Un ministro lleva la vela de la corona de Adviento mientras se canta Rorate Coeli o una versión popular. También uno de los cantos indicados por la CEE para este tiempo como canto de inicio de la celebración. El sacerdote con los ministros va a la sede. El que porta el cirio encendido permanece ante el altar.*

2. *Se puede introducir la celebración con la siguiente monición:*

Hermanos: iniciamos un año más el Adviento y lo hacemos vigilantes: orando por la vida en compañía de María, la Virgen Madre.

Durante cuatro semanas vamos a dar más intensidad a nuestra preparación para la venida del Señor. Cada domingo encenderemos una de las velas de la corona de Adviento para manifestar cómo avanzamos en nuestra actitud de vigilante espera. Sus pequeñas luces nos traen a la memoria que Jesucristo es la Luz, la Paz y la Vida del mundo. El color verde de sus ramas significa la Vida y la esperanza. La corona de Adviento es, pues, un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y sobre la muerte cuando Cristo venga definitivamente para llevar a plenitud el reino que inició con su nacimiento y se manifieste en todos nosotros la vida verdadera que nos ofreció entonces.

En esta oración vespertina expresamos nuestra comunión eclesial con la Vigilia por la vida naciente que el Papa preside en Roma coincidiendo con las Primeras Vísperas del Adviento.

3. *Bendición de la Corona (cf. Ritual de Bendiciones, nn. 1242 pág. 556). Mientras se asperja la Corona puede sonar música de fondo o entonarse un canto.*

Tras la bendición, una familia –padres e hijos– de la comunidad se acerca a la corona y enciende la primera vela tomando la luz del cirio que se ha presentado ante el altar. Mientras tanto, un monitor, desde un lugar distinto al ambón de la Palabra, puede recitar la siguiente oración:

Te pedimos, Señor Jesús, que nos mantengamos despiertos, con las lámparas encendidas, para que cuando llegues en la majestad de tu gloria podamos salir a tu encuentro. Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!

Se puede responder con un canto apropiado o con las aclamaciones:

Jesús, Señor, Luz de todos los pueblos, *Kyrie eleison*.

Jesús, Señor, Paz en los corazones, *Christe eleison*.

Jesús, Señor, Vida del mundo, *Kyrie eleison*.

4. *Todos se ponen de rodillas mientras se traslada el Santísimo Sacramento desde su capilla al altar tal como describe el «Rituale Romanum» en el «De sacra Communione et de Cultu mysterii Eucharistici extra Missam», nn. 93-100 y el «Caeremoniale Episcoporum», nn. 1102ss. Se expone el santísimo en la custodia sobre el altar y se canta un canto eucarístico.*

5. *El sacerdote, de rodillas ante el altar, incienso el Santísimo Sacramento mientras continúa el canto (cf. Ritual n. 89).*

6. *Para iniciar la adoración se puede recitar despacio la siguiente oración desde un lugar distinto al ambón, que se reservará exclusivamente para la proclamación de la Palabra de Dios en cada uno de los misterios del Rosario.*

En la oración que sigue (cada vez que la asamblea canta las invocaciones –Marana thá, ven Señor Jesús–) unos jóvenes pueden hacer la ofrenda del incienso echando unos granos en el pebetero preparado en el suelo ante el altar donde se adora el Santísimo Sacramento:

En verdad es justo darte gracias, es nuestro deber cantar en tu honor himnos de bendición y de alabanza, Padre todopoderoso, principio y fin de todo lo creado, Dios de la alianza, Señor de la vida.

Tú nos has ocultado el día y la hora en que Cristo, tu Hijo, Señor y Juez de la historia, aparecerá revestido de poder y de gloria, sobre las nubes del cielo. En aquel día terrible y glorioso pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada persona y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su Reino.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

El Señor de la vida entró en nuestra propia vida mortal y, así, al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo; Él nos abrió el camino de la salvación; cuan-

do venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, recibiremos los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

Creemos que los profetas –movidos por el santo Espíritu– anunciaron a Cristo, la Virgen –signo de Dios– esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres. El mismo Señor, que nos ha llamado a la vida, nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

En comunión con toda la Iglesia te alabamos, Señor, te bendecimos y te glorificamos por el misterio de la Virgen Madre. Porque, si del antiguo adversario nos vino la ruina, en el seno virginal de la Hija de Sión ha germinado aquel que nos nutre con el pan de los ángeles, y ha brotado para todo el género humano la salvación y la paz.

La gracia que Eva nos arrebató nos ha sido devuelta en María. En ella, madre de todos los hombres, la maternidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre –con esperanza– al don de una vida nueva. Así, donde había crecido el pecado, se ha desbordado tu misericordia en Cristo, vida nuestra.

Todos: ¡Marana thá, ven Señor Jesús!

Y, mientras aguardamos la Luz y la Paz de su última venida agradecemos al Señor Jesús el don total de sí mismo, que ha dado sentido y valor a toda vida humana. Al comienzo de un año litúrgico nuevo invocamos la protección del santo Espíritu sobre cada ser humano llamado a la existencia y unidos a los ángeles y a los santos, te damos, oh santa Trinidad, todo honor y toda gloria, por siempre: por los siglos de los siglos. Amén. Marana thá.

7. Silencio de adoración.

8. *Se inicia el rezo del santo Rosario. También se puede introducir la oración con estas o parecidas palabras:*

Hermanos:

El tiempo de Adviento nos prepara para celebrar el misterio de la encarnación del Señor en el vientre de María, con el cual se inició nuestra salvación; pero, al mismo tiempo, suscita en nosotros la esperanza de la

segunda venida del Señor, con la cual la historia de nuestra salvación llegará a su plenitud. Pero como en la hora de la muerte el Señor vendrá para cada uno de nosotros, es necesario que nos encuentre vigilantes según la palabra del Evangelio: «Dichosos aquellos siervos si el Señor, al llegar, los encuentra en vela» (Lc 12, 37). Que esta celebración agradeciendo el don de la vida, y para invocar su protección sobre cada ser humano llamado a la existencia, nos prepare mejor para ser profetas de la venida de su Reino.

Los misterios del Rosario que hoy vamos a recordar y contemplar son los «gozosos». Todos ellos se refieren a los comienzos de la vida terrena del Hijo de Dios hecho hombre, a la infancia de Jesús. Contemplar estos misterios significa que hacemos nuestra una actitud de la Virgen María cuando vivió estos acontecimientos. «María –nos dice el evangelista san Lucas– guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón». Por eso ella va a ser nuestro modelo, como Virgen oyente y Virgen orante. Ella acogió la Palabra de Dios con fe y, creyendo, concibió en su seno a Jesús. Que ella nos ayude a escuchar también con fe la divina palabra, a meditarla, a hacerla nuestra en la oración y en la vida.

CANTO: *Santa María del Amén* (CLN 312)

Madre de todos los hombres. Enséñanos a decir: «Amén».

1. Cuando la noche se acerca y se oscurece la fe.
2. Cuando el dolor nos oprime y la ilusión ya no brilla.
3. Cuando aparece la luz y nos sentimos felices.
4. Cuando nos llegue la muerte y tú nos lleves al cielo.

PRIMER MISTERIO: La encarnación del Hijo de Dios

(Lc 1, 26-28.31-38)

Un lector desde el ambón lee:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

«Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella estaba, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo (...);

vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús» (...). Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

El sacerdote que preside dice:

Oremos al Padre, por intercesión de María, para que el Espíritu Santo nos enseñe el valor sagrado de la vida humana desde el instante de su concepción.

Padrenuestro, Avemarías, Gloria.

Todos se ponen en pie. El que preside ora con las manos extendidas y dice:

Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que, por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SEGUNDO MISTERIO: La visitación de Nuestra Señora

(Lc 1, 39-41)

Un lector desde el ambón lee:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

«En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María (...) quedó llena del Espíritu Santo».

El sacerdote que preside dice:

Oremos a Jesucristo, por intercesión de María, para que nos enseñe a acoger y acompañar a las mujeres embarazadas, especialmente a las que atraviesan graves dificultades.

Padrenuestro, Avemarías, Gloria.

Todos se ponen en pie. El que preside ora con las manos extendidas y dice:

Dios todopoderoso, tú que inspiraste a la Virgen María, cuando llevaba en su seno a tu Hijo, el deseo de visitar a su prima Isabel; concédenos, te rogamos, que, dóciles al soplo del Espíritu, podamos, con María, cantar tus maravillas. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

TERCER MISTERIO: El nacimiento del Hijo de Dios

(Lc 2, 6s)

Un lector desde el ambón lee:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

José y María salieron de Nazaret hacia Belén y, «mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre».

El sacerdote que preside dice:

Oremos al Señor Jesús, por intercesión de María, para que las familias sean el santuario de la vida y que toda mujer tenga la dicha de ver nacer a sus hijos.

Padrenuestro, Avemarías, Gloria.

Todos se ponen en pie. El que preside ora con las manos extendidas y dice:

Dios y Señor nuestro, que en el parto de la Virgen María has querido dar al mundo entero el esplendor de tu gloria; asístenos con tu gracia, que proclamemos con fe íntegra y celebremos con piedad sincera el misterio admirable de la Encarnación de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

CUARTO MISTERIO: La Presentación del Señor

(Lc 2, 22s)

Un lector desde el ambón lee:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

«Cuando, según la Ley de Moisés, se cumplieron los días de la purificación de ellos, subieron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está prescrito en la Ley del Señor: todo varón primogénito será consagrado al Señor».

El sacerdote que preside dice:

Oremos a Dios nuestro Padre, por intercesión de María, para que reconozcamos que cada niño es un don de Dios.

Padrenuestro, Avemarías, Gloria.

Todos se ponen en pie. El que preside ora con las manos extendidas y dice:

Dios todopoderoso y eterno, te rogamos humildemente que, así como tu Hijo unigénito, revestido de nuestra humanidad, ha sido presentado en el templo, nos concedas de igual modo a nosotros la gracia de ser presentados delante de ti con el alma limpia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

QUINTO MISTERIO: El niño perdido y hallado en el templo (Lc 2, 43-46)

Un lector desde el ambón lee:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas:

«El niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres (...) Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles».

El sacerdote que preside dice:

Oremos a Dios misericordioso, por intercesión de María, para que todos los matrimonios que, respondiendo a su vocación, buscan un hijo, puedan concebirlo o adoptarlo.

Padrenuestro, Avemarías, Gloria.

Todos se ponen en pie. El que preside ora con las manos extendidas y dice:

Dios, Padre nuestro, que has propuesto a la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo; concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

9. Exhortación del sacerdote.

10. Ante el altar, si se cree conveniente, se pueden hacer algunas aclamaciones o una súplica por la vida (p.e):

Señor Jesús, creemos y proclamamos que tú, el Hijo de Dios, que por nosotros entregaste tu vida en la cruz, estás realmente en este Santísimo Sacramento. Escucha las súplicas que te dirigimos para que el Evangelio de la vida sea acogido, celebrado y anunciado por todos los hombres.

Respondemos a las súplicas diciendo:

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Que la Iglesia sepa anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía te adoramos como Señor y Rey de reyes. Ilumina a nuestros gobernantes para que defiendan la vida desde su concepción hasta su muerte natural.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía nos enseñas a caminar en la luz del amor. Ilumina a las mujeres que han concebido un hijo para que recorran el camino de la vida y encuentren las ayudas necesarias.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, derrama tu misericordia sobre las personas que promueven o participan en el aborto, la eutanasia o cualquier atentado a la dignidad de la persona.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía nos amas hasta el extremo. Te presentamos a todas las personas que no encuentran una razón para vivir. Que descubran la esperanza en tu amor.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía te manifiestas como la Verdad encarnada. Guía a los científicos y profesionales de la medicina para que apoyen siempre la vida y rechacen toda práctica contraria a la dignidad del ser humano.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía te manifiestas como el Esposo de la Iglesia. Concede a los matrimonios el don de tu gracia y a las familias ser el santuario de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Cristo Jesús: en la Eucaristía nos sales al encuentro revestido de pobreza y humildad. Bendice a las personas que sufren necesidades materiales.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor Jesús: en la Eucaristía eres el Pan que da la vida eterna. Líbranos del pecado que lleva a la muerte, concédenos la vida de tu gracia y a nuestros difuntos el gozo eterno.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

– Señor: en la Eucaristía eres Luz del mundo y Vida de los hombres. Concédenos caminar como hijos de la luz y ser testigos del Evangelio de la vida.

R/. *Ob Cristo, danos la «luz de la vida».*

11. *De rodillas, un lector puede rezar la «Oración por la vida» de la Encíclica «Evangelium vitae» y/o añadir algunas invocaciones litánicas.*

Oh María, a ti confiamos la causa de la vida;
mira, Madre, el número inmenso
de niños a quienes se les impide nacer,
de pobres a quienes se les hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza
y amor a los hombres de nuestro tiempo,
el Evangelio de la vida.

12. *La oración concluye con la Bendición con el Sacramento. El sacerdote va ante el altar y se arrodilla. Entre tanto se entona la estrofa «Tantum ergo» u otro canto eucarístico. Tras la incensación –tres movimientos dobles del incensario– se levanta y dice «oremos». Todos oran en silencio durante algunos momentos. El sacerdote dice una de las oraciones del ritual (p.e):*

Dios, Padre omnipotente,
concédenos sacar el efecto de nuestra perpetua salvación
de esta fuente divina que es Jesucristo,
nacido por nosotros de la Virgen María,
glorificado en la cruz de su Pasión,
a quien creemos y proclamamos realmente presente en este sacramento.
Por Cristo nuestro Señor.

13. *El sacerdote recibe el humeral y tomando la custodia se vuelve hacia el pueblo trazando sobre él la señal de la cruz.*

14. *Reservado el Santísimo Sacramento, y concluidos los oportunos avisos, se puede entonar un canto mariano ante la imagen de la Virgen (p.e. Hija de Sión).*

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
c/ Añastro, 1 - 28033 Madrid
Tel.: 91 343 97 92. Fax: 91 343 96 65
e-mail: edice.cee@planalfa.es

Noverim me, noverim Te